

Cuentos de una isla que se repite

Carlos Victoria

HACE YA VEINTE AÑOS, EN TÉRMINO, UNA REVISTA literaria recién creada por varios *marielitos*, celebré la llegada al exilio de uno de mis cuentistas cubanos favoritos, Antonio Benítez Rojo, con un artículo muy apasionado pero sin duda torpe y presuntuoso. El escritor inmaduro —y a pesar de escribir desde niño, en esa época yo todavía lo era— trata de disfrazar sus deficiencias con un aire radical y arrogante.

Sin embargo, la esencia de aquel texto, que hoy releí después de mucho tiempo, permanece invariable: me es grato aún rendir homenaje a uno de los pocos autores cubanos dados a conocer en los años sesenta, que despertaron en el adolescente que fui una admiración duradera.

Recuerdo la desconfianza y el desdén con que solía leer a cualquier nuevo escritor lanzado con bombo y platillo por alguna editorial nacional; olfateaba enseguida, como un joven sabueso, el tufo a panfleto que en mi opinión desvalorizaba toda escritura, y escrutaba impaciente los signos anodinos de una narrativa sin vida. Nada estimula más a un principiante que despreciar a sus contemporáneos; y en mi caso, lo puedo asegurar, me sobraban razones.

Con ese mismo recelo comencé a leer la colección de cuentos *Tute de reyes* de Benítez Rojo, alguien de quien no había oído hablar jamás; pero al terminar el relato *Estatuas sepultadas*, enigmática crónica de un mundo aislado en vías de extinción, bajé de inmediato la guardia. Podía objetar, para no renunciar de un tirón a mi afán quisquilloso de apuntar las faltas, que había percibido soterradamente el eco de Cortázar a lo largo del texto, pero no me quedaba más remedio que reconocer a un escritor genuino. Otras piezas, como *Evaristo*, *Recuerdos de una piel*, *Tute de reyes* y *Peligro en la Rampa*, redondearon mi impresión del libro.

Me entusiasmé; compartí su lectura con amigos, tan reacios como yo. A la larga claudicaron y sumaron elogios. Entre tanta mediocridad e hipocresía, teníamos un motivo

de festejo; con la vehemencia de la juventud, que cuando no aborrece idolatra, colocamos una nueva figura en el minúsculo altar literario de nuestro país.

Dos años después, el segundo libro de cuentos de Benítez, *El escudo de hojas secas*, reafirmó mi entusiasmo. No solo lo reafirmó; lo aumentó. Aquí también, como en el otro volumen, descollaba un relato: *La tierra y el cielo*, una narración digna de figurar en cualquier antología del género.

Resulta significativo que este libro ganara el galardón de cuentos en el memorable concurso de la UNEAC de 1968, el mismo en el que fueron premiados Heberto Padilla por su poemario *Fuera del juego*, y Antón Arrufat por su obra teatral *Los siete contra Tebas*. Ambos autores, en especial Padilla, sin imaginarlo, inauguraron de golpe el aquelarre; abrieron las compuertas de la sombra.

Aunque el libro de Benítez no fue vilipendiado por los funcionarios culturales como los otros dos, cayó de alguna forma en la frontera, en el mismo límite peligroso, del nuevo territorio demarcado por la policía política. O al menos así lo sentimos nosotros, lectores y creadores todavía adolescentes.

Me es necesario evocar brevemente esa época. Los escritores, y los que aspirábamos a ser escritores, vivíamos bajo la amenaza de la frase que se lanzó en 1961: «Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada», que la sabiduría popular interpretó con más exactitud al sustituir una preposición: «Dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada»; decreto insolente y reductor, pronunciado de espaldas a la historia, como si la literatura, y aún más, la vida misma, pudieran meterse en una caja en la que uno debía entrar para existir, o salir para desaparecer. Otra frase de ese mismo discurso subrayaba: «La existencia de la revolución o nada». Pero no fue hasta entonces cuando esa disyuntiva, todo o nada, se materializó.

Cada joven escritor, lo repito, se fortalece con el rechazo y el desdén; pero a la vez busca a su alrededor modelos y asideros. Para los narradores jóvenes de esa malsana etapa, Benítez Rojo representaba una tercera opción entre la sumisión y la disidencia: una literatura hecha con dignidad, con astucia, que sorteaba los riesgos a base de elegancia, agudeza y talento. Treinta años después, esta postura puede parecer endeble desde un punto de vista puramente político; pero en aquel momento inspiraba en nosotros un más que merecido respeto.

Al llegar la debacle de los años setenta, cuando la censura cobró varias víctimas que no pretendo ahora enumerar, y se hizo evidente para los miembros más sinceros de mi generación que solo nos quedaba guardar celosamente nuestros manuscritos en el fondo de profundas gavetas (muchas veces en vano; en mi caso, y también en el de otros, la Seguridad del Estado se las arregló para llegar a ellas), Benítez Rojo volvió a sorprender con una nueva colección de relatos, esta vez bajo el poco prometedor título de *Heroica*. Confieso que me asusté; uno no perdona a alguien que uno admira cuando éste se traiciona o se rebaja. Uno lo toma a pecho, como una humillación. Pero por suerte mi miedo fue infundado.

En el desierto de la literatura nacional de esa década, que incluso ha sido bautizado por la actual oficialidad cultural cubana como el *quinquenio gris* (se quedaron cortos por algunos años), este libro resultó un oasis. Estupendamente

bien escrito, con una hechura todavía más sólida que los anteriores, *Heroica* fue la excepción de la regla.

Una vez más, sobresalía un relato: *Los inquilinos*. Esta fábula extraña, sobre los avatares de un matrimonio con un cierto delirio de grandeza amparado por un siniestro protector, que a su vez pretende subvertir el orden con la ayuda de vecinos pobres, recurriendo incluso al chantaje y al crimen, escondía audaces resonancias políticas que no se me escaparon. Era un guiño en medio de aquel paisaje hostil; agradecido, me sentí su cómplice.

Hace veinte años terminé mi texto sobre Benítez Rojo con una afirmación, y hoy voy a hacerlo con las mismas palabras: en la galería personal de los libros que en aquel tiempo me comunicaron algún valor, alguna esperanza, estos volúmenes de cuentos ocuparon un sitio excepcional.

